



Juan Ochagavía, S.J., Antonio Delfau, S.J.

JUAN OCHAGAVÍA, S.J.: *Gloria a Dios en el Concilio Vaticano II*

“Conozco personas que, meditando estos sueños de Dios que nos plantea el Concilio, encontraron la fe que tuvieron de niños”, expresó el sacerdote Juan Ochagavía al presentar su último libro.

La obra ofrece reflexiones hechas con la valiosa perspectiva del teólogo jesuita, quien hace cincuenta años fue testigo directo de esa asamblea de obispos dispuesta para poner en diálogo a la Iglesia con el mundo moderno.

Una esperanzadora y también desafiante reflexión sobre el sentido y la proyección del Concilio Vaticano II ocupa parte fundamental del libro *Gloria a Dios en el Concilio Vaticano II*, escrito por Juan Ochagavía, S.J., lanzado en octubre pasado. Durante la presentación de la obra, su autor mencionó algunas de las razones por las que hoy se debe mantener atención al aporte hecho a la Iglesia por esa asamblea de obispos, iniciada hace exactamente medio siglo y que en tiempos complejos como los actuales es mirado con creciente interés.

En estas páginas ofrecemos sus palabras, así como parte de la intervención del abogado Sergio Micco, quien se refirió al libro junto al sacerdote José Arteaga, S.J., la psicóloga María de los Ángeles Pavez y el profesor Miguel Ramírez, en una actividad moderada por la periodista Haydée Rojas y organizada por revista *Mensaje*.

JUAN OCHAGAVÍA, S.J.: “ME GUSTA EL CONCILIO”

Me gusta el Concilio porque a la Iglesia nos descentra de nosotros mismos y nos centra en Jesucristo y en su manera de mirar a Dios y al mundo, llamándonos a una profunda conversión, para que así seamos de verdad felices y llevemos vida al

mundo. La Iglesia, nos lo dice el Concilio, no vive para sí misma sino para el bien de toda la humanidad.

Me gusta por su manera tan bíblica de hablar de Dios y de Jesucristo. No es el Dios de la razón ilustrada del Siglo de las Luces, que termina siendo un dios abstracto, lejano y desleído. Es el Dios que hace historia con nosotros, el Dios hecho hombre, el Dios vivo, el Dios amigo.

Porque nos estimula a trabajar decididamente por el sueño de Dios de que todos nos hagamos hermanos y formemos la familia suya regida por el mandamiento supremo del amor en el servicio de unos a otros.

Porque maduré e hizo cristalizar fermentos de vida que venían desde antes, pero que en la Iglesia no habían encontrado cauces adecuados de expresión. Me refiero a la primacía de la Palabra de Dios plasmada en la Biblia, a la renovación de la liturgia, al rol central del laicado, al anhelo de ser Iglesia de los pobres de las Bienaventuranzas.

Me gusta el Concilio por su decidido impulso a crear un nuevo orden social mundial más justo y más humano, condenando tajantemente la guerra y todo lo que atenta contra la justicia y la paz.

Me gusta porque, después de casi mil años de centralismo de Roma, da claves para encontrar el equilibrio entre centro y periferia, entre el Papado y los obispos locales. Es el gran tema de la colegialidad de los obispos en virtud del sacramento del orden.

Porque no solo fue exitoso y glorioso, sino también supo ser débil y aceptarse como tal. Así como la Iglesia, que es a la vez gloriosa y débil, el Concilio fue glorioso por sus grandes logros. Pero a la vez débil e imperfecto, porque no pudo hacer a fondo todo su trabajo ni solucionar todos los problemas. Dejó cosas inacabadas, como la reforma de la Curia, la descentralización del gobierno, temas de natalidad. Estos son los temas debatidos y que siguen sin solucionarse.

Me gusta el Concilio por enfatizar en el Pueblo de Dios lo que es común a todos sus miembros: todos hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, todos templos vivos del Espíritu Santo. Todos por tanto de igual vocación, de igual dignidad, todos llamados a la

santidad. Hay ciertamente en la Iglesia diversidad de ministerios, pero estos son para servir a los demás; no para sentirse superior y menos para oprimir.

Me gusta muchísimo *Gaudium et Spes*, que contiene el sueño de Dios para el mundo: el actual y el definitivo. Con realismo nos hace mirar nuestras miserias y grandezas, los logros y las carencias, lo mucho divino que hay en nosotros y también lo corrupto, proveniente del pecado.

Conozco personas que, meditando estos sueños de Dios que nos plantea el Concilio, encontraron la fe que tuvieron de niños. Pero ahora una fe más adulta, llena de bríos, laboriosa y encarnada en el mundo. Y a la vez, una fe esperanzada, llena de esperanzas de eternidad para ellos mismos y para el mundo; y para todo el quehacer humano, que en el Cristo de la Parusía alcanza su plenitud gloriosa.

PALABRAS DE SERGIO MICCO: UNA IGLESIA QUE NOS AGUARDA

Juan Ochagavía S.J. nos habla de la Iglesia del Concilio Vaticano II que nos aguarda impaciente en el futuro, “más libre y misionera, más servidora de todos con su única riqueza, la alegre noticia de Dios, que es Jesucristo”. Iglesia asamblea que es congregada para una tarea que la hace “reino de sacerdotes y pueblo santo” (Ex. 19). Iglesia plural en su interior, conservadora y progresista, pero que entiende que la comunión y participación de sus diversos carismas solo tiene sentido en torno a la misión de la Iglesia de Cristo en que se pone en común el regalo recibido, que es Cristo “palabra que llama” y pan “para la vida del mundo”, para así celebrar y servir, amar viendo, juzgando y actuando en forma pobre, atractiva, alegre y servicial (Cap. XX, pp. 238-252).

Juan Ochagavía S.J. les ha dicho, especialmente a los jóvenes de CVX o de otras comunidades aquí reunidos, que la Iglesia del Vaticano II es pueblo de Dios peregrino —donde todos son sacerdotes, profetas y reyes— más “cercana a los pobres y a la sencillez de vida del Evangelio”. Es la de “León Bloy, Silone, Cardijn, los Hermanitos y Hermanitas de Foucauld, los sacerdotes obreros de la Misión de Francia”, como decía Juan a fines de los años sesenta. Y hoy podría agregar la de André Jarlan martirizado en La Victoria, la de Pierre Dubois glorificado y elevado literalmente a los altares de la Catedral de la Iglesia de Santiago, la de Mariano Puga en Chiloé, reparando iglesias como un maestro pintor, la del Techo para Chile trabajando en Bajos de Mena, la de la Universidad del Trabajador, capacitando a los presos en las cárceles y a las mujeres y hombres populares en Santa Rosa con Departamental, la de Pepe Arteaga S.J. y los demás en Estación Central, o la de Tirúa o la de Pepe Aldunate que a los noventa y cuatro años le informaba a Andrés Aylwin el jueves de la misma semana pasada que ambos solo descansarían cuando en ellos se “haga la voluntad de Dios” y que, mientras tanto, acaba de

formar la Fundación *Sum sum corda* porque no acepta que los que ayer vencieron a la represión militar hoy sean derrotados por la droga a apenas una Legua de la Moneda.

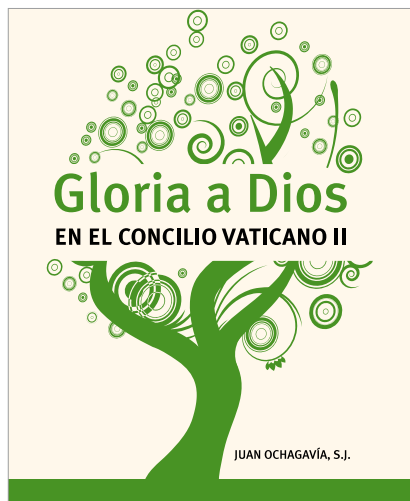
Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho que la Iglesia trabaja hoy como ayer por un mundo más justo. Los que acusan a la última

Carta Pastoral de los obispos de oportunismo político, buscando las simpatías de un mundo que protesta en contra de ella, lo hacen porque no saben de la obra de religiosos y religiosas, laicas y laicos que con restauraciones y contramarchas posconciliares nunca han esperado autorización de nadie para actuar, pues no son clericales y sí posconciliares. Pues Jerarquía y laicos no son más que dos funciones distintas dentro de una misma Iglesia, ciudadanos de un mismo pueblo santo (Cap. V, p.69), que se reúne en asamblea y se gobierna mediante un colegio (Cap. V. p. 71). Tampoco sus críticos conocen la historia de la Iglesia católica chilena, esa que recuerda Juan Ochagavía S.J. al relatar el hondo resentimiento que produjo la Iglesia de Ma-

nuel Larraín y Raúl Silva Henríquez, entregando las tierras de la Iglesia a los campesinos y firmando las cartas pastorales de 1962 y 1963 acerca del “La reforma agraria” y el “Deber social y político de los católicos” (Cap. 24, p. 283).

No ceder a la desesperanza

Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho especialmente a los que hoy estudian teología en un mundo que parece no tener necesidad de Dios, que siendo joven alcanzó la gloria de ser asesor teológico de Raúl Silva Henríquez y de una Iglesia latinoamericana en marcha, luego reunida en Medellín y Puebla a impulso de Manuel Larraín y Dom Helder Cámara. Lean jóvenes teólogos los dos capítulos donde Juan enseña que hacer teología es un modo de enfrentarse y sistematizar la necesidad de Dios y el mundo, con toda su historia, en una forma que resulte rica y comprensible en nuestro tiempo” (p. 78). Junto a Egidio Viganó, Joseph Comblin, Florencio Hofman, León Tolosa y Jorge Medina (p. 339), Juan nos describe “el resplandor de la verdad” no al aprender sino que al hacer teología, participando en una Iglesia universal, católica a carta cabal, amarilla, blanca, negra y mestiza a rabiar, reunida en concilio durante cuatro años en que Jerarquía no era la que enseña (docente), sino que discente, es decir, la que aprende (p. 344). Cosa que supo ver una sencilla mujer dueña de casa quien al finalizar el Concilio le confesaba a un periodista de *L'Avvenire*, de Italia: “Lo que más siento es que no veremos más ese enjambre de obispos yendo cada día en sus buses como niños a la escuela y saliendo a las 12.30 con la alegre algarabía de colegiales que vuelven a sus casas” (p. 151). Porque un teólogo cuando dijo “ahora en Roma se puede respirar” (p. 148) resumió la experiencia viva de personas, como Congar, Danielou, De Lubac, Küng, Moeller, Rahner, Ratzinger,



Phillips y los otros hablando con la libertad de los hijos de Dios, la que no habían tenido antes, acerca de las fuentes de la revelación, el pueblo de Dios, la colegialidad, la vocación de todos a la santidad, la libertad religiosa, la Iglesia y el mundo.

Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho que no debemos ceder a la desesperanza de los templos vacíos y los seminarios des poblados en una sociedad secularista y materialista. En 1966 Juan se preguntaba si Cristo tenía una chance de triunfar contra un ateísmo sistemático que proclamó ser un humanismo proletario total y buscó crear las condiciones sociales que hiciesen posible que todo hombre sea hombre y en que su único Dios sea el hombre mismo: *iiHomo homini Deusii*” (Cap. XVIII, p. 213). Sabemos del final de esta historia; pero hoy muchos se vuelven a preguntar si entre las miserias de la Iglesia y las promesas del mundo burgués, Cristo tiene una chance de triunfar. La respuesta de Juan Ochagavía S.J. es simple y doble. Por una parte, afirma la naturaleza humana que no se conforma, como lo constató Pablo Neruda, con ser “piedra que se alza y que no vuelve, sombra que se deshace y pasa”, pues si bien somos seres finitos y limitados, estamos totalmente abiertos a lo absoluto y trascendente, “aguja de una infinita flecha”, “tren de dolores húmedos en fuga a lo eterno”. Por otra parte, su respuesta se afirma en creer en un Cristo que, siendo hijo de Dios, se hizo hombre pleno y completo, en que se reconcilia transparente y racionalmente la humanidad consigo misma, con la naturaleza y con Dios, anuncio de la infinita consumación de los tiempos en “Que todos sean uno como Tú, Padre, estás en mí y Yo en Ti” (Cap. XIII, p. 224).

“Espero en ti para nosotros”

Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho que esta misma fe, basada en el amor y potenciada por la esperanza, es la base de la superación de una civilización gobernada por un verdadero ateísmo práctico y fundada en el triunfo del individualismo y el materialismo. Por ello hay que leer a Juan Ochagavía S.J. alabando a la alegre, paciente y pacífica hermana esperanza que, a punta de tiernas invitaciones, convierte a su prima, la desesperación, esa que nos dice con negrura “mañana será peor” y quien recibe por respuesta “Espero en ti para nosotros” (Cap. XXVI, p. 307). Pues la esperanza enseña que aunque ya nada esperásemos de la vida, la vida, sin embargo, seguiría esperando siempre algo de nosotros. Ella, la esperanza, no solo pregunta “¿qué me pasará mañana si no hago hoy lo que debo?”, sino también “¿qué le pasará a ellos y a ellas, a mi Iglesia, la de mis padres y la que espero sea de mis hijos, si no hago lo que debo?”. Por eso la esperanza de Juan Ochagavía S.J. es “memoria del futuro”, que nos grita “mañana será mejor” si tú, y no otro, actúas hoy.

Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho que debemos pensar toda la Iglesia a partir del mundo que nos toca vivir, el del fin de la modernidad. Pero hacerlo como una visión del tiempo y del espacio distintas a la del profano. Cuando Juan levanta la vista recorriendo las calles Irarrázaval, Hannover o Hamburgo, viendo levantarse enormes torres de departamentos de 17 o 22 pisos con 40 o 50 familias, se hace raras preguntas. No reclama, como yo, “quién habrá dado el permiso municipal para

tan mala decisión que congestionará las calles y me impedirá llegar tranquilo a mi casa”. No, Juan se cuestiona la actual disciplina del rito latino acerca del celibato y el sacerdocio femenino, pues si creemos en la centralidad de la eucaristía necesitamos en cada una de esas torres un hombre o mujer ordenados para presidir la comunidad eucarística. El Señor evangeliza desde la Eucaristía celebrada en comunidad que compartimos el pan y el vino en memoria suya (Cap. XX, p. 252). Es raro este Juan Ochagavía S.J. cuando, con decisión, sugiere pensar una nueva teología y una nueva pastoral para formar sacerdotes y evangelizar la familia posmoderna (Cap. X).

Juan Ochagavía S.J. nos ruega, en el centro del libro, en el que está su corazón, que conozcamos a su maestro, de gringo y desgarrado cuerpo que llegó a Chile hace más de setenta años. El padre Gustave Weigel S.J., quien decía de la iglesia que “Si Dios la quiere, también yo debo quererla”. “Con esto rechazaba la actitud farisaica del que se aleja de la Iglesia porque ve defectos en ella” (Cap. XVI, p. 187). La unión de los cristianos y la reforma de la Iglesia vendrán cuando y dónde le parezca a Dios y no a los hombres (p. 186). Mientras, orar y actuar, pues de la historia de la Iglesia se concluye que “criticar a la Iglesia y hacer campaña para renovarla son dos tareas distintivas del buen católico. El hacerlo no es signo de izquierdismo. El carisma profético es un regalo dado libremente a toda la Iglesia y no es monopolio de la Jerarquía. Una de las funciones de este carisma es criticar. Lo ejerció Catalina de Siena, que no era sacerdote, para urgir a Gregorio VI a dejar Aviñón y regresar a Roma. Por supuesto sabemos que hay falsos profetas, pero no por eso vamos a suprimir la profecía (Cap. XVI, *El crítico católico*, pp. 189-191).

Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho que debemos abandonar el “dios función”, ese que sirve, cual Mentholatum, para satisfacer las necesidades del hombre desde la explicación del origen del universo o de la evolución de la vida hasta el miedo a la muerte, pasando por el mantenimiento de la moral, el orden público, la laboriosidad capitalista, la revolución socialista o el amor a la patria. Juan nos llama a amar el Dios de la historia del pueblo judío, el de Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob, Raquel y Lea, el Dios, quien se esconde para no saber del pecado de Adán y Eva, quien escucha el clamor del pueblo oprimido en Egipto, o se ríe, se asombra, se enoja, reprende, castiga, lucha, camina, resplandece, ama a sus criaturas y las recubre de su gloria (Cap. XVII, p. 201). ¿Dios de los filósofos metafísicos o de los moralistas rigoristas?

En suma, a los desesperados de siempre, este libro nos dice, dulcemente y en palabras de san Agustín, que ya llegará el día que todos y todas aquí reunidos no seremos más que una asamblea de muertos, que habrá vivido su sábado, el que no terminará con un atardecer sino que anunciará el inicio del octavo día de la Creación, que no tendrá final, y en el que “descansaremos y veremos, veremos y amaremos y amando alabaremos”. Pero para eso hay que ponerse en marcha, ahora ya, leyendo la obra de un gran artesano llamado Juan Ochagavía, *de la y en la Compañía de Jesús*.

Juan Ochagavía S.J. nos ha dicho que el Concilio Vaticano II está en marcha, orando, actuando y esperando a su Maestro. **MSJ**